

Acerca de la sociedad decente



Tiempo de lectura: 2 min.

Sáb, 09/12/2017 - 08:21

Termino de leer un libro que llego a mis manos gracias a un trueque. Di a cambio una novela que traía muy buenas referencias, pero que, luego de leerla, me dejo la sensación de haber perdido el tiempo. Todo lo contrario me resulto la Sociedad Decente, el libro que adquirí mediante el cambalache, escrito hace casi veinte años por el filósofo Avishai Margalit, un autor con el que topaba por primera vez.

Dicho pocas palabras, el texto señala que la sociedad decente es aquella cuyas instituciones no humillan a las personas. Aquella, señala el autor, que combate las

condiciones que justifican que quienes forman parte de ella se consideren humillados. O, como escribió recientemente Fernando Savater, aquellas cuyas instituciones no lesionan el respeto que los ciudadanos se tienen a sí mismos ni excluyen a ninguna minoría moralmente legítima. La humillación es, pues, el robo de la condición humana.

El fin último de la política, escribe Margalit, es, por tanto, combatir la humillación, esto es, la degradación, el desprecio, el no-reconocimiento, en suma, exclusión de la comunidad humana.

Desde el libro que vengo comentando trato de entender a la Venezuela de estos días. Miro alrededor y observo varias cosas que le están dando forma a este país que ahora somos y que tienen en el Carnet de la Patria una terrible y dolorosa expresión de control institucional y que Margalit calificaría, sin duda, como un instrumento, por desgracia no el único entre nosotros, de humillación a los ciudadanos. Así las cosas, cabe añadir que como lo ha diagnosticado para diferentes latitudes y épocas el psicólogo Martin Seligman, podría asomar una situación de “indefensión aprendida”, en la que las personas empiecen a creer que no tienen ningún control sobre las condiciones que las perjudican, inhibiendo su voluntad para modificarlas.

HARINA DE OTRO COSTAL

Después de andar sin brújula por la Facultad de Derecho, a lo largo de casi tres años, un ataque de sensatez me llevo a la bendita decisión de cambiar de carrera. Me fui, pues, hacia los predios de la Facultad de Economía para estudiar en la Escuela de Sociología. Desde entonces, una vez graduado, me he dedicado a un oficio que si bien no me he enriquecido, me ha permitido atravesar la vida de manera interesante y agradable.

En este sentido, y a propósito de la reciente celebración del Día del Profesor, debo decir que entre mis actividades profesionales, me ha tocado dar clases en la UCV, cada lunes, durante unos cuantos años. No sé si tenga en mi vida un mayor privilegio. Ni cosa más entretenida y placentera - ¿jugar fútbol tal vez? -, a pesar del menú de medidas y anuncios del Gobierno Nacional orientados a entorpecer el funcionamiento de las universidades autónomas y deteriorar las condiciones en las que se llevan a cabo sus diversas actividades, entre ellas las de docencia.

El Nacional, jueves 7 de diciembre de 2107

ver PDF

Copied to clipboard